

me dió la mano y dejó entre las mías su pañuelo empapado en llanto.

Cuando yo quería evocar su figura, cuando quería sentir junto a mí su corazón amigo, sacaba el pañuelo y lo tenía largas horas entre mis manos.

Todo el pasado dichoso acudía como un conjuro, y la soledad moral, que es el peor de los dolores de un preso, se transformaba para mí en un inefable encanto de añoranzas.

Allí estaba mi amiga de los días dichosos, allí estaba acompañándome en mi cautiverio y sufriendo conmigo.

Si hubiera sido su retrato, de seguro no la habría sentido tan cerca, tan íntima y tan consoladora; porque el cartón de un retrato no puede penetrarse de nuestro sér, ni es suficiente a contener el amargo recuerdo de nuestras lágrimas.

Días después, al recobrar mi libertad, el pañuelo que había sido mi compañero y mi consuelo, hubo de ser hecho pedazos para vendar las heridas de un amigo que yacía mortalmente herido, y su misión fué tan noble como lo había sido en los días de mi aislamiento y de mi cautiverio.

Pero el pañuelo que ha hecho en mi vida la más honda huella, es el que guardo en el fondo de una caja de recuerdos, y que nunca he querido mirar desde el día en que llegó a mis manos, como el más triste mensaje que un hombre puede recibir en la vida.

Mi madre, ya moribunda, había ordenado que se colocaran en la humilde estancia donde iba a exhalar el último suspiro, dos sillas y un ramo de flores. El día de su muerte llamó al doctor Roberto Albornoz, su médico, para darle las gracias y para recomendarlo al agradecimiento y al cariño de sus hijos.

El doctor Albornoz, que sabía el temple de su alma, me dijo en su presencia que no la molestara con más remedios, y ella respondió sonriente:

—Usted no debe afanarse por este viaje que todos debemos hacer. La ciencia nada podrá contra lo inexplicable, ni usted hará tampoco nada en mi favor con sus lágrimas.

Después de despedirse del doctor Albornoz y de repetirle sus agradecimientos, me dijo:

—Haga usted que me lean algo que se relacione con la otra vida.

A su cabecera se instaló una dama gentilísima que leyó durante un rato las consideraciones sobre la eternidad.

De pronto dió un profundo suspiro, y apretándome la mano, exclamó como si volviese de un sueño:

—¡Qué larga se hace esta agonía!

Más tarde volvió a cogerme las manos, y después de hacerme mil recomendaciones para mis hijos y para mi esposa, me dijo:

—Yo no quiero despedirme de usted, pero tampoco deseo que crea que no sé a qué horas me voy a ir. Cuando sienta que llega la muerte, le entregaré el pañuelo que tengo en mis manos, como mi postrer mensaje de cariño, y para que vea que usted embarga hasta el último instante de mi vida toda mi atención.

Desde aquel momento, no volvió a articular una sola frase, y siguió pasándose el pañuelo por la frente y por el rostro, periódicamente. A medida que la fatiga la asediaba, iba pasándose con más intervalos, y sus ojos cerrados dejaban notar las profundas ojeras que iba marcando en ellos la muerte.

De pronto, dió un suspiro, y haciendo un esfuerzo supremo, buscó mis manos, y puso en ellas el pañuelo que había de llevarme el más doloroso mensaje que el hombre puede recibir en la vida.

Vertí sobre aquel pañuelo todo el raudal de mi llanto, y cuando mis manos buscaron las suyas, ya el frío de la muerte las había invadido y su alma viajaba hacia lo inescrutable.

Mas tarde, he ido a su tumba, he tocado con mis manos

mortales los brazos rígidos de la cruz que se alza a su cabecera, pero jamás me he atrevido a mirar el pañuelo que me dió su último adiós, aun cuando sé que al acercarlo a mi rostro, volvería a sentir el calor del suyo, y que algo de su ser impregnado allí me diría por unos instantes que mi madre no ha muerto!

Todos los lenguajes de la vida, los retratos y los cabellos de los seres amados, no tendrán jamás para nosotros lo que guarda un pañuelo.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

El Epiro, agosto 24 de 1923.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Párrafos

tomados de una conferencia dada por Mr. Ernest Wood en la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, en 1923.

...Además del sentimiento de solidaridad, hay dos grandes emociones que pueden inspirar a los estudiantes a vivir y trabajar y en las cuales se regocijan nueve sobre diez de los que no han estado demasiado reclusos en un ambiente de egoísmo y desgaste de su virilidad: son el Patriotismo y la Devoción y Aspiración religiosa.

En algunos de mis colegios en la India, fijé lo que llamábamos el Período Patriótico, un tiempo de cuarenta y cinco minutos cada semana, durante los cuales los maestros y alumnos de todos los cursos se reunían en un gran salón. En el escenario poníamos el retrato de uno de los grandes personajes hindúes de los tiempos pasados o presentes, adornado con flores, siguiendo así la costumbre con que en la India se honra siempre a quien se quiere distinguir. Empezábamos nuestras reuniones con un cántico patriótico en el que todos tomábamos parte describiendo la belleza y fertilidad de la madre patria. Después uno de los profesores o también a veces uno de los alumnos más adelantados, pronunciaba durante media hora un discurso preparado anticipadamente, relatando la vida y trabajos del gran hombre a quien se trataba de honrar, y los beneficios que reportó a su patria y a sus conciudadanos. Durante el año escolar podíamos así hacer conocer a los alumnos más de treinta de sus prohombres: religiosos, soldados, hombres de estado, poetas, reformadores, científicos, artistas, etc. El orador se escogía en cada ocasión, entre los admiradores del elogiado, y se le dejaba en libertad de tratar el tema; esto permitía acostumar a los estudiantes a oír con tranquilidad, diferentes puntos de vista y opiniones y a juzgarlos imparcialmente. Esto los enseñaba a ser fuertes y reservados como el perfecto caballero de quien habla Confucio: «Un caballero es siempre imparcial; pero nunca neutral». No puedo describir la emoción de los escolares en estas reuniones, los vivas, el fuego del entusiasmo y de la resolución que se despertaba en sus jóvenes corazones, ni el vigor de esos cientos de voces entonando el himno final.

De un modo semejante teníamos también el Período Religioso, en que se trataba de las vidas y pensamientos de esclarecidos religiosos y santos de la India, y de otras partes del mundo. Sólo una condición podía hacer que este trabajo fuera provechoso: devoción sincera de parte del orador, y perfecta independencia de dogmas o de espíritu de propaganda de parte de las autoridades del colegio. El orador podía elogiar cualquier Maestro o doctrina; pero no debía hablar mal de ninguna; esa era la única restricción. Creíamos en el triunfo de la verdad en el corazón humano; que las